

PiNOCHO

AÑO. III
NUM. 127

25 cts

24. JULIO
1927



—MIRA CAÑAMÓN, LA LUZ CAMINA A UNA VELOCIDAD DE 300,000 KILÓMETROS POR SEGUNDO.
—PUE/ COMO TENGAMOS QUE ALCANZARLA CON ESTE CACHARRO, NOS QUEDAMOS A OSCURAS.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL PUENTE MALDITO

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

se sirven para realizar sus venganzas cuando nosotros, pobres colonos, nos negamos a entregarles todo lo que exigen.

Debajo del puente existe un remolino espantoso que no devuelve las víctimas que le son echadas o que por desgracia caen en él.

Un día, cuando atravesaba el puente para ir a comprar unas cosas a una granja de un amigo mío, fui detenido por el *Oso Rojo*, que, como te he dicho no se aleja casi nunca de aquel sitio.

Al ver a mi hija intentó abrazarla. Indignado, le di un golpe en la cabeza con la culata de mi fusil, y seguramente habría acabado con él si no hubieran acudido en socorro suyo los bandidos que le acompañan. Me creía perdido y ya me veía precipitado en el espantoso remolino con una piedra atada al cuello, cuando el *Oso Rojo* obligó a sus bandidos a que me dejaran en paz.

Te concedo la vida — me dijo — cuando podía habértela quitado sin dificultad. Te la concedo, pero con la condición de que dentro de tres meses tu hija sea mi mujer.

—¡Su hija mujer de aquel miserable! — exclamó Roberto indignado.

—Le hice presente — prosiguió diciendo el colono — que no era posible lo que él deseaba, porque mi hija estaba destinada al hijo de mi amigo Félix Garran y que el novio podía llegar de un momento a otro.

—Mándamelo por acá — me contestó el bandido —, y arreglaré las cosas de modo que no tenga ni siquiera tiempo de protestar. Y me invitó a marcharme, gritando:

—¡Hasta dentro de tres meses!

—Señor Folgat — dijo Roberto con voz grave —, yo he venido aquí a obedecer la última voluntad de mi padre, y si usted no ordena nada en contra, la mantendré, aunque tuviese que desafiar el furor de todos esos bandidos.

—Y si tú logras casarte con Ellen, que todo el mundo dice que es la muchacha más hermosa de toda la comarca, yo seré el más feliz de los padres — contestó el colono con voz emocionada.

No se encuentra aquí — prosiguió — por miedo a que el *Oso Rojo* viniese a robármela; una noche oscura y de niebla atravesé el Ottawa en una barca, pro-

tegido por unos cuantos amigos míos, y la llevé a la granja de Jorge Stowe, que es una especie de fortaleza inaccesible para aquellos bandidos.

—Iremos a buscarlos.

—No te fíes demasiado; sobre todo ten un poco de paciencia. ¿Sabes quienes eran los individuos que estaban aquí?, los bandoleros de la cuadrilla del *Oso Rojo*, que suelen venir casi todas las noches a beber aguardiente gratis. Deben tener algunas sospechas acerca de ti, aunque yo he impedido a tiempo que pronunciasen el nombre de tu padre.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando se oyó ladrar furiosamente a los perros.

El colono se puso lívido.

—Son los bandidos — dijo — ¿Querrán entrar?

—Pues les recibiremos como se merecen — dijo el joven —. El hijo de Félix Garran hará ver a esos bandidos la estima en que les tiene.

Cogió la carabina y salió seguido del colono. El siervo estaba ya en el patio armado con un fusil y con una linterna en la mano.

La noche era muy oscura y se oía el silbar del viento a través de los árboles, y la niebla se había hecho todavía más densa.

Apenas la linterna apareció encima del muro, oyóse una fuerte voz que salía de la oscuridad.

—¿Folgat, eres tú? Yo soy el *Oso Rojo*, y el remolino del Puente Maldito ruge esta noche más que de costumbre.

—¿Qué quieres? — preguntó el colono, manteniéndose oculto detrás del muro.

—Saber cómo se llama el hombre que has hospedado esta noche y que se ha permitido maltratar a mi gente.

—Duerme y no sé quién es.

—Si tienes algún aprecio a la vida, antes de amanecer lo mandarás al Puente Maldito. Ya sabes el camino, Folgat, y dentro de tres días me darás a tu hija por esposa ¡Adiós!

Roberto Garran había apuntado tres o cuatro veces la carabina para hacer fuego sobre el bandido audaz que quería quitarle la novia; pero no había logrado verle. Si hubiese habido alguna probabilidad de herirle, no habría vacilado; pero disparar al azar no tenía





objeto y no quería comprometer la vida del colono.

Cuando ya estuvieron seguros de que los bandidos se habían alejado, entraron en la cocina, mientras el siervo soltaba los perros, cuatro grandes alanos que no permitían la entrada a nadie de noche cuando el amo dormía.

Folgat estaba lívido, no porque temiese por su propia vida, sino por la del joven Roberto.

—¿Has oído la amenaza? —preguntó al hijo de Félix Garran.

—Sí.

—¿Qué debemos hacer?

—¿Es posible atravesar el río?

—Viene crecido y arrastra grandes bloques de hielo. Si una barca se atreviese a atravesarlo, no tardaría en irse a pique sin remedio.

—¿De modo que para atravesar el Ottawa no hay más camino que el Puente Maldito?

—No hay otro camino, Roberto.

—Diga —dijo el joven, después de haber reflexionado unos instantes—. Si mañana nos encontramos aquí, el *Oso Rojo* y sus bandidos no dejarán de venir en busca nuestra, y no es posible afirmar lo que su visita podrá costarnos.

—La vida —dijo el colono.

—Entonces, intentemos la suerte.

—¿Qué suerte?

—Aprovechemos la obscuridad de la noche y de la niebla para pasar el Puente Maldito.

—Admiro tu valor —dijo el colono—. Tu padre te ha infiltrado en las venas su sangre valerosa.

—¿Consentís, pues, en ello?

—Sí, porque no veo otra solución, y quedándonos aquí perderemos igualmente la vida, por no ser mi granja lo suficiente fuerte para resistir un asalto.

Si conseguimos llegar a casa de mi amigo Jorge Stowe no tendremos nada que temer y encontraremos allí a tu prometida, pudiendo realizar el antiguo proyecto acariciado por mí y por tu padre.

Habían dado ya las once y la hora les parecía a entrambos propicia para intentar con algunas probabilidades de éxito el arduo paso del Puente Maldito.

Folgat mandó traer dos pellizas para resguardarse del frío, que era en extremo agudo, cogieron sus fusiles, los cuchillos, dos hachas y salieron después de haber encargado al siervo que encerrase los perros por miedo de que alguno de ellos les siguiese y con sus ladridos diese el aviso a los bandoleros.

Después de atravesar por el puente levadizo el foso que rodeaba la casa, encontráronse entre la niebla, que descendía a oleadas, empujada por un frío extraordinariamente frío.

Empezaban a caer algunos copos de nieve.

Folgat, que hacía más de veinte años que vivía en aquella granja, conocía el terreno paso a paso y no había peligro de que se extraviase. Hubiese sido capaz de llegar a orillas del Ottawa con los ojos vendados.

Dió la vuelta a la casa hasta encontrar un senderito entre dos altísimas malezas y se puso a seguirlo, llevando de la mano a Roberto, que estaba en la imposibilidad de dar por sí solo ni siquiera un paso sin desviarse a derecha o izquierda.

El colono, que sospechaba que los bandidos estarían

vigilando, se detenía a cada momento para escuchar, creyendo oír entre los rugidos del viento voces humanas.

Andarían de este modo unos veinte minutos hasta oír un lejano ruido mezclado con sordos golpes

—Es el río —dijo Folgat.

—¿Está muy lejos el puente?

—preguntó Roberto.

—A unos quinientos pasos.

Atravesó la maleza y dejó el sendero que hasta entonces había seguido, internándose a través de barrancadas cubiertas de zarzales.

Andaba con paso seguro, sin titubear, cual si tuviese ojos de gato.

De pronto se detuvo. Frente a ellos oíanse formidables rugidos que disminuían o aumentaban, llegando a ser de una intensidad aterradora.

—Eso es el remolino —dijo Folgat.

Roberto se estremeció. Recordaba en aquel momento las sinistras palabras del *Oso Rojo*:

—«El remolino del Puente Maldito ruge esta noche más que de costumbre».

—¿Vamos? —preguntó Folgat.

—Sí —contestó Roberto—. No es hora de vacilar.

Armaron los fusiles y se pusieron de nuevo en marcha, andando de puntillas para no llamar la atención de los bandidos, que quizá estaban vigilando en el extremo del puente.

El estruendo que producía el remolino hacía estremecer. Rugía, mugía y silbaba, arrastrando los témpanos de hielo, que iba desmenuzando.

El puente estaba frente a Folgat y Roberto. Era una

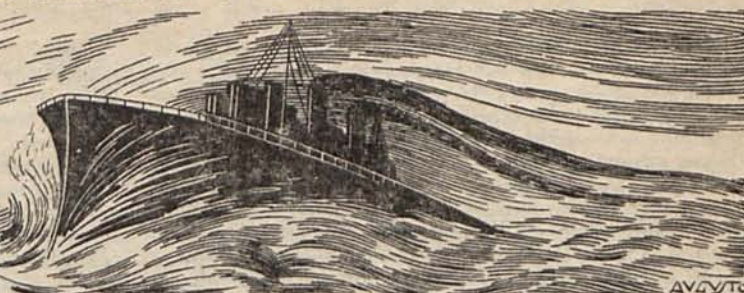


(Concluirá en el número próximo.)

EL CRUCERO

SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación).

Quien no se atreva a seguirme, que lo diga.

Nadie se movió, no respiró ni uno.

—¿Y vos, miss?—dijo Alberto a miss Polly apenas que-
daron solos—, ¿y vos, no teméis nada?

—¿Yo?—respondió la joven, sonriendo—; yo os seguiré,
aunque sea...

—Hablad, amiga mía.

—Aunque sea a los abismos del mar.

—No, no—prorrumpió el joven, besándole respetuosa-
mente una mano—; ¡prefiero conducirlos... a las gradas de
un trono!

IV

GOLPE AUDAZ



DEJADA la isla que le servía de refugio, el
Crucero sin nombre puso la proa hacia
aquel misterioso y fantástico continente
que se llama Australia, cortando la lí-
nea del trópico al Sud-Este de Nueva
Zelandia, y lanzándose en aquel inmen-
so desierto de agua que abarca los siete
grados de latitud comprendidos entre

la colonia penitenciaria francesa y la isla de Norfolk.

Toda vez que estaba resuelto a intentar la fabulosa em-
presa, aunque le costase la vida a él y a los seres que ama-
ba, Alberto no se cuidó más que de tomar todas aquellas
disposiciones que habían de acrecentar la probabilidad, muy
dudosa en verdad, del éxito.

¿Tenía algún plan nuestro atrevido héroe?

Podemos afirmarlo, sin temor a equivocarnos, y era un
plan que reunía en sí todos los elementos precisos para tal
tentativa, esto es, astucia, prontitud y arreo.

En efecto, cuando el viejo presidente de los fenianos le
preguntó:

—¿Y qué, amigo mío, estáis aún decidido a llevar a cabo
el difícil encargo que se os ha confiado?

—Más que nunca—respondió.

—¿Y habéis reflexionado ya sobre los medios que habéis
de emplear?

—He reflexionado.

—¿Tendréis, entonces, un plan?

—Lo tengo.

—Y... ¿se trata?

—Perdonad, *mister*; no está aún completamente trazado;
por eso me reservo comunicároslo más adelante.

—Esperaré: tengo plena confianza en vos.

—Gracias, mi buen amigo.

—Hablemos de otra cosa.

—Os escucho.

—¿Amáis a miss Polly?

—Hasta la locura.

—¡Caracoles!

—Así es; y os confieso que sólo el pensamiento de en-

grandecerme ante sus ojos me ha inducido a intentar esta
gran locura... porque lo es, y grande, ¿no os parece?

—¿Quién sabe?

El joven pirata se sintió entusiasmado.

—Si resulta bien—dijo—, yo devolveré el heredero del
trono de Inglaterra únicamente a cambio de las más abso-
lutas garantías de que los deseos de los fenianos serán aten-
didos, que Irlanda recobrará su independencia y que será
gobernada por un rey... el cual llevará un nombre ya temido:
Alberto Wendover.

Pero os juro, *mister*, que haría trizas el cetro y la corona
si no pudiese entregar estos emblemas de la más alta dig-
nidad humana a la mujer por cuyo amor voy a conquistarlos.
Ya véis, soy sincero... aun a riesgo de empequeñecer ante
vuestros ojos mi calidad de patriota irlandés, mi alma de
feniano. ¿Mas qué os importa... si el fin perseguido se con-
sigue?

—Es justo—respondió el presidente, contemplando con
admiración al comandante del *Crucero sin nombre*, embe-
llecido por el ardor y la esperanza que le exaltaban—. Es
justo, tanto más cuanto que miss Polly merece vuestra es-
timación.

Ha sido infatigable en la busca del verdadero culpable,
y cuando llegó a mi conocimiento la existencia de la decla-
ración entregada por Flaxman a la Secta de los Estrangu-
ladores, en la cual, como recordáis, el miserable atestigua
su completa culpabilidad, ¿sabéis lo que hizo ella?

—¿Qué?... Hablad.

—Alistó a todos los ladrones más expertos de Londres
para que se apoderasen de tan precioso papel, prometiendo
una enorme suma a quien se lo entregase.

—¡Oh, adorable criatura!

—Corazón de ángel y alma de heroína; prueba de ello es
su presencia a bordo del crucero.

En aquel momento miss Polly pidió permiso para entrar
en el camarote donde los dos hombres conversaban.

Alberto púsose en pie de un salto y fué corriendo a abrir;
luego cogió las dos manos a la joven, que le había aparecido
bella y radiante como un sol, como su pequeño sol, y cayó
de rodillas ante ella, devorándola con la mirada, ebrio de
amor.

—¿Me amáis, miss?—preguntóle con voz temblorosa.

—¡Tonto!—le respondió ella, soltándose—; de sobra lo
sabes.

—¡Oh, sí, debería saberlo, pues todos tus actos son para
mi la expresión de un sentimiento que me hace temblar de
alegría sobrehumana...

Pero a menudo me asalta una intolerable duda, y me pre-
gunto si el sentimiento que te impulsa hacia este pobre
paria es amor o piedad. Sí; piedad, por mis sufrimientos;
compasión, por la suerte de un hombre obligado a vivir en
perpetua lucha con la sociedad.

Interroga a tu corazón y reflexiona sobre lo que te digo.

Eres pura, honrada, libre y rica; yo soy el jefe de una ban-
da de hombres fieros, los cuales, en nombre de un patrio-
tismo de que los más se burlan, están dispuestos a cometer
verdaderos delitos; tú sabes que estos hombres son consi-

derados como piratas y que su comandante es buscado del mismo modo que una fiera escapada de un parque.

Quizás mañana pueda ofrecerte un trono; hoy no te ofrezco más que los grandes peligros de un rebelde a las leyes... piénsalo, te lo suplico, y decídetes; para mí eres sagrada; tu deseo, cualquiera que sea, será una orden perentoria.

Te pido amor, no piedad, y aún estás a tiempo de abandonar tu propósito de participar de los peligros de mi vida: di una sola palabra y dirijo el crucero a un puerto cualquiera... y ni un lamento saldrá de mis labios, te lo juro.

Miss Polly escuchó con un cierto estupor aquel ardiente discurso; luego, mientras dos lágrimas rodaban con lentitud por sus mejillas, dijo:

Alberto, combates por una causa justa; por tanto, eres un héroe, no un pirata; si en tu vida yo hubiese descubierto un sólo delito, puedes estar seguro de que habría sabido ahogar en mí todo sentimiento para no dejar lugar más que al olvido.

Además, si mi padre era un verdadero inglés, mi madre era irlandesa, y siento correr por mis venas la sangre de aquel misero pueblo oprimido, que ha declarado guerra eterna a sus dominadores.

Finalmente... ya que quieres oírlo de mis labios, señor testarudo, si, te amo, y sólo por eso me quedo a tu lado.

¿Está bien así?

Alberto dió un grito de indescriptible alegría, precipitose sobre las manos que miss Polly le tendía con gracioso ademán y se las cubrió de castísimos y ardientes besos.

Después de esta escena, la felicidad del joven comandante no tenía límites, y la esperanza en el éxito de aquella expedición definitiva se reforzó de tal modo, que llegó a convertirse casi en certeza.

Todo parecía sonreír a aquel amor que tenía el inestimable mérito de ser puro y sincero; el cielo, con la transparencia cristalina de su azul; el mar, con su calma excesiva, rizada apenas por un débil soplo de viento; una insólita alegría que se notaba en la tripulación del buque pirata, y que se traducía en viejas canciones, olvidadas hasta entonces por la intranquilidad de una vida de lucha.

El recuerdo de Jaime Davy y de su hija se insinuaba a veces en la mente de Alberto, arrancándole un profundo y amargo suspiro.

Pero se consolaba enseguida, diciéndose:

—Llevemos ahora a cabo nuestro proyecto; después nos dedicaremos a reparar el mal hecho.

Otra pena, si bien menor, era la que le causaba la ausencia de Mop.

Se había aficionado al ex-ladrón, cuya regeneración moral había conseguido tan felizmente, y hubiese querido tenerle allí, junto a él, para comunicarle parte de su alegría, para escuchar sus máximas caracterizadas por una filosófica jovialidad y aun para escuchar sus quejas.

Pero el antiguo cliente de las casas de corrección inglesas estaba muy lejos, y Alberto no tenía noticias de él hacía veinte días, o sea el tiempo que hacía que había dejado Batavia sobre el falso velero, para dirigirse a la Isla Innominada.

¿Qué habría dicho si hubiese sabido lo que ocurría al pobre Mop, que había acabado tan trágicamente en un templo subterráneo, con un kriss clavado en el pecho por orden de aquel bribón de Mr. Flaxman?

Entretanto, el *Crucero sin nombre* seguía su ruta con velocidad moderada: el 7 de Julio llegó a vista de la costa oriental de Australia.

Entonces Alberto llamó a su camarote al viejo presidente de los fenianos y le dijo:

—Mister, si aún tenéis deseos de conocer el plan que he trazado para apoderarme del príncipe heredero, estoy a vuestra disposición.

—Hablad, amigo mío.

—En primer lugar, ¿conocéis el itinerario que debe seguir el yate real?

—Sí.

—¿En tal caso, sabrías decirme en qué parte de Australia se encuentra actualmente?

—En Nueva Gales del Sur, y supongo habrá arribado ya a Sydney.

—¿Dónde se detendrá...?

—Quince días; por lo menos, así se dispuso.

—¿Qué costumbres tiene el príncipe?

—Explicáos mejor.

—¿Come a bordo?

—Casi siempre.

—¿Y duerme?

—Siempre, para mayor seguridad de su persona.

—Lo suponía.

—¿De veras?

—Sí, y veo con placer que no me he engañado, pues la probabilidad de éxito de mi plan depende precisamente de las circunstancias sobre las cuales os he interrogado.

Vos juzgaréis.

Y Alberto Wendover expuso su plan al viejo presidente, que, después de haber escuchado con gran atención, le estrechó con fuerza la mano sin proferir palabra.

En cuanto a nosotros, lo conoceremos siguiendo su desenvolvimiento.

A la mañana siguiente, hallándose a la vista del puerto de Sydney, Alberto llamó a uno de sus oficiales y le dijo:

—Amigo mío, sois inteligente, audaz y astuto; por eso quiero confiaros una misión, simple en apariencia, pero que, por el contrario, requiere vuestras cualidades.

—Estoy dispuesto, comandante respondió el oficial, enrojando de placer por tales elogios.

—Bien; he aquí de qué se trata—prosiguió Alberto:—Haréis armar un barco de vela, entraréis en él con dos marineros, y, fingiéndolos pescadores que vuelven de una pesca poco afortunada, iréis al puerto de Sydney y tomaréis nota de la posición exacta en que se encuentra el yate del príncipe de Gales, observando si tiene la proa al mar y está amarrado de popa o si descansa tan sólo sobre sus anclas.

El oficial hizo un signo de afirmación, dió orden de echar al agua una canoa, embarcóse en ella con dos hombres de la tripulación y partió inmediatamente, mientras el *Crucero sin nombre*, que se había parado para realizar aquella maniobra, seguía en curso a media marcha.

Algunas horas después, estaba de vuelta el oficial con los dos marineros y daba cuenta del éxito de su expedición.

Como había supuesto Alberto Wendover, el yate real estaba anclado a la vista de la ciudad, dirigida la proa hacia alta mar, sin amarras a popa, pero flanqueado por los buques de guerra, que le servían de escolta.

Esta circunstancia demostraba lo absurdo de cualquier golpe de mano a base únicamente de violencia. Sin embargo, nuestro héroe pareció no impresionarse lo más mínimo, como si todo ello entrase en sus cálculos, limitándose a decir:

—Está bien; esta noche obraremos.

Y fué a disponer los últimos detalles.

Hizo preparar sobre cubierta dos de esos extraños vestidos de buzo que se llaman escafandras, hizo llenar de aire el doble depósito, dispuesto de modo como aún no se usa, para que no hubiese necesidad de los incómodos tubos unidos a la máquina que manda el aire al buzo; procuróse dos excelentes limas sordas, capaces de morder y cortar en pocos minutos una barra de hierro del grueso de la muñeca de un hombre, y, finalmente, fué a dar una ojeada donde algunos marineros, por orden suya, habían atado a un cabrestante puesto en el castillo un grueso cabo de remolque de doscientos metros de largo y provisto en la extremidad libre de un grueso mosquetón.

Terminados estos curiosos preparativos, Alberto Wendover esperó el momento oportuno para obrar.

(Continuará en el número próximo.)



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, querido buho, ¿hace muchos años que se conoce el ferrocarril?

—Relativamente es un invento moderno, amigo Chonón. A principios del siglo XIX fué cuando empezaron a realizarse los primeros ensayos para convertir la máquina de vapor, que hasta entonces había sido fija, en máquina que pudiera trasladarse ella misma de un sitio a otro por medio de unos rieles que le sirvieran de guía. El sabio Watt, que fué el inventor de la primera máquina fija de vapor, hizo ver la posibilidad y las inmensas utilidades que se obtendrían el día que aquellas máquinas pudiesen andar valiéndose de su propia fuerza.

—Ese día ya llegó. ¡Si Watt viese ahora los trenes modernos!

—Le causarían enorme asombro, porque aunque su genio científico le hiciera concebir ideas de progreso, nunca llegaría a sospechar que se llegase a poder viajar con tanta rapidez y comodidad gracias a la máquina de vapor.

—¿Quieres decirme dónde se construyó el primer ferrocarril?

—En Inglaterra. El año 1825, Stéphenon construyó la primera máquina para un ferrocarril que unía Stockton a Darlington. Tres años más tarde se abrió en Francia la línea férrea de Saint Etienne a Andrezieux, y en el mismo año se inauguraba otro ferrocarril en Bohemia. Unos y otros no llegaron a alcanzar una velocidad superior a 10 kilómetros por hora.

—Entonces casi se podría ir a pie al lado del tren. Un buen andarín lo haría sin dificultad alguna.

—Desde luego. Hasta tal punto llegaba la lentitud, que delante del tren iba algunas veces un jinete con una bandera y una trompeta para que los viandantes advirtieran el peligro y dejaran la vía libre. En algunas líneas el transporte de mercancías se hacía empleando la tracción animal en vez de la de vapor con el fin de economizar gastos.

—Y además siempre resultaría más cómodo para las caballerías el arrastre de vagones sobre rieles de hierro que no el de carros por las carreteras.

—Y más si se tiene en cuenta que los caminos en aquella época eran malos, escaseaban los puentes y había pasos de gran peligro para viajeros y animales.

—¿Y tardó mucho en llegar a ser más rápida y perfecta la tracción de vapor?

—Muy poco tiempo. En el año 1830 el mismo Stéphenon empleó la locomotora con caldera tubular, que había inventado Seguin en

Francia. Con esta locomotora llegó a alcanzarse una velocidad de 24 kilómetros por hora.

—Eso ya es otra cosa.

—Como que a esta locomotora se la bautizó con el expresivo nombre de «Cohete». A medida que este medio de locomoción fué siendo más rápido, cómodo y seguro, se construían líneas férreas en diversas partes del mundo. Algunos países llegaron a construir verdaderas redes ferroviarias. Esta actividad introdujo bien pronto tales perfeccionamientos en los trenes, que ya en 1850 se caminaba a velocidades superiores a 60 kilómetros por hora.

—Poco más o menos como ahora, ¿no es verdad?

—Querrás decir como la mitad de las velocidades que hoy se alcanzan, porque en América del Norte, que es donde los trenes son más rápidos, llegan a alcanzar hasta los 120 kilómetros a la hora. Además, la red de ferrocarriles de este país es tan extensa, que llega a exceder en más de 100.000 kilómetros a todos los ferrocarriles de Europa.

—Pero eso no quiere decir que las líneas sean las más largas del mundo.

—Ni las más largas ni las que corren por las mayores alturas sobre el nivel del mar. La de más longitud es, sin duda, la transiberiana, que cruza la Siberia de Este a Oeste.

—¿Y la que va a mayor altura?

—Está en el Perú. Es el llamado ferrocarril de Droya. Sólo tiene 170 kilómetros de longitud; pero arranca del nivel del mar y en tan corto recorrido gana una altura de cerca de 5.000 metros. Rivaliza con esta línea, aunque no llega a ganarle en altura, la que une Argentina y Chile, cruzando los Andes.

—Me encanta todo lo que está relacionado con el tren, querido buho; pero me parece que tiempo ha de llegar en que las velocidades tan enormes de los trenes, las potentes máquinas, el material tan lujoso, los puentes, los túneles, todo, en fin, cuanto compone la comunicación ferroviaria ha de pasar a ocupar un lugar secundario, ¿no te parece?

—Hombre ¿por qué dices eso?

—Por los aeroplanos y dirigibles.

—Muchos, muchos años han de pasar todavía hasta que sea posible la navegación aérea en condiciones semejantes a la terrestre.

—Por eso te he dicho que llegará su tiempo. Ahora, que no sabemos cuando. Esperaremos, ¿no te parece?

—No nos queda otro remedio, querido Chononcito.

VIDA PINOCHISTA

Todos los PINOCHISTAS son listos, todos son guapos y muchos son guapísimos. En esta galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.



Mercedes Rey.



Maruja Fellá Gutiérrez.



Manuel E. Cuadros.



Joaquina Bermejo.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO



CUENTOS DE CALLEJA

LA CAPA INVISIBLE

Cashillo



ERA la noche de Reyes. Antonio había puesto sus zapatitos en el balcón, esperando que los monarcas de Oriente los llenasen de lindos juguetes y sabrosos dulces. Por la mañana muy temprano, antes que los dorados rayos del sol hiriesen el tejado de la casa, ya estaba en pie el bueno del muchacho.

Abrió el balcón y se precipitó sobre sus zapatos. ¡Gran desilusión! Ni dulces, ni juguetes, ni nada. Estuvo un buen rato inmóvil y suspenso, sin saber a qué atribuir la conducta de los Reyes; por fin, ya resignado con su mala suerte, iba a calzarse, cuando su pie tropezó con un objeto blando. El corazón le dió un vuelco de alegría.

—¿Qué será esto? — se dijo.

Metió la mano con alguna precaución y sacó un pequeño envoltorio, tamaño como una nuez gorda.

El envoltorio estaba formado por una tela finísima, a cuyo lado la seda más sutil hubiera parecido burda estameña.

Era una capa blanca por fuera y de un rojo vivísimo por dentro; pero de un rojo deslumbrante y de una blancura capaz de dar envidia a la misma nieve.

Antonio permaneció absorto contemplando aquel hermoso regalo de los Reyes, pero sin comprender cuál pudiera ser su aplicación.

—Como juguete no me sirve —se decía—, y para vestir es tan fina que sólo podría llevarla en verano. Además me está bastante larga. Voy a llevársela a mi madre para que me la recorte.

Y dicho y hecho; a aquella hora en que su madre se acababa de levantar, le llevó la prenda para que la recortase a su medida.

—¡Mamá! ¡Mamá! —decía—. Mira el regalo que me han hecho los Reyes.

La madre miró la mano derecha de su hijo y no vió nada. Creyó que se trataba de una broma.

—¿No te han dejado nada los Reyes, hijo mío?

—exclamó—. Pues yo te compraré lo que quieras.

—Sí, mamá; me han dejado esta preciosa capa; y como me está larga, vengo a que me la recortes.

La madre miró al muchacho con sorpresa, creyendo que se había vuelto loco, y asustada le dijo:

—No te chances de ese modo. En las manos no tienes nada.

El chico juzgó entonces que la bromista era su madre, y, envolviéndose con la capa, comenzó a pasearse por la habitación.

—¿Eh? Y ahora, ¿qué te parece la capita?

Pero la madre no dió señales de verle ni de oírle. Entonces fué a ver a sus hermanitos, que, lo mismo que su madre, ni vieron la capa ni veían a Antonio cuando con ella se envolvía. Convencido ya de que la capa sólo era visible para él y de que cuando se la ponía se hacía tan invisible como ella, pensó que a quien se la pusiera le ocurriría otro tanto. Y la guardó preguntándose:

—¿Para qué podrá servirme esto?

La respuesta no se hizo esperar mucho. El padre de Antonio era un rico comerciante cuyos negocios, después

de una época de prosperidad, iban bastante medianos, sin que se supiera la causa. Al final de cada año se hacía el balance, y cada vez eran menores las utilidades, hasta el punto de que el comerciante temió que, de continuar así, en breve plazo perdería su fortuna.

En cierta ocasión echó de menos un billete de mil pesetas que con otros tenía en su caja, y entonces se convenció de que una mano criminal era la que le arruinaba. Sus sospechas recayeron en uno de los dependientes más jóvenes, de carácter ligero y vivaracho, y se propuso acecharle para cogerle con las manos en la masa. Comunicó sus sospechas al dependiente mayor, hombre de edad, respetable apariencia y buenos antecedentes, el cual le dijo:

—Yo vigilaré a ese mozo.





A los pocos días llegó radiante de júbilo adonde estaba el dueño para decirle:

—Ya tenemos a nuestro hombre atado de pies y manos. En una de las puntas del colchón tiene cosidos varios billetes de Banco. Le he visto anoche meterlos cuando se creía a salvo de todas las miradas.

El comerciante, lleno de ira, llamó al dependiente y, sin andarse en contemplaciones, le echó en cara su delito.

—Es usted un infame ladrón, y ahora mismo voy a entregarle a la justicia.

—¡Señor! —exclamaba el mozo—. Le juro a usted por Dios que nunca me ha pasado por las mientes apoderarme de lo que no es mío, y mucho menos de lo que a usted pertenece.

—¿Te atreves a negarlo, desalmado? Pues ven conmigo, y a ver si eres capaz de negar tu delito.

Y, llevándole a su alcoba, descosió una punta del colchón, encontrando, en efecto, una buena cantidad de billetes de Banco.

—Y ahora, ¿qué dices?

El muchacho cayó desmayado a los pies de su principal. Las apariencias le condenaban, y no pudo resistir aquella terrible prueba.

De la casa de comercio pasó a la cárcel, y allí esperó la vista de su proceso. El fiscal pedía para él una porción de años de presidio. El chico protestaba de su inocencia. A todo esto, Antonio, que quería mucho al dependiente preso, se acordó de su invisible capa y pensó que quizá le fuera de utilidad para averiguar lo que hubiese de cierto en la acusación lanzada contra su amigo. Embozado en la finísima tela, se propuso espiar a los dependientes, y sus trabajos, al fin, dieron resultado. Una tarde estaban

solos el dependiente mayor y el cajero, y, después de cerciorarse de que nadie les oía, dijo uno de ellos:

—¡De buena nos hemos librado!

A lo que contestó el otro:

—Aún no las tengo todas conmigo, porque el muchacho es testarudo y se empeña en probar su inocencia.

—Por si acaso

—continuó el primero—, más valdría que sacáramos el dinero del escondite y lo lleváramos a parte más segura.

—Pues esta noche, a las doce, bajaremos al huerto y allí lo enterraremos en sitio seguro.

El chico, al lado de los dependientes y sin ser visto por éstos, no perdió ni una sílaba de tan interesante conversación, y en seguida, volando más que corriendo, fué al cuarto de su padre y le contó *ce* por *be*, cuanto había oído. El comerciante no quería dar crédito a las afirmaciones de su hijo. Por último, determinó bajar al huerto y, allí escondido, esperar los acontecimientos. A las doce en punto se

oyeron pasos cautelosos del lado de la casa, y a poco llegó a los oídos del comerciante el rumor de una conversación, que fué haciéndose claramente perceptible. Ya no le cupo duda de que su hijo había dicho la verdad. Los ladrones de su casa eran aquellos dos infames. Sin reflexionar en el peligro, avanzó hacia ellos y les dijo:

—Estoy enterado de todo y voy a entregaros a la justicia.

Los criminales, aterrados, viendo que su jefe estaba solo, decidieron jugar el todo por el todo. Sacaron dos puñales y se lanzaron sobre el comerciante. Este se vió perdido; pensó en Dios y en su familia y se dispuso a morir... Pero, cuando iban a alcanzarle las armas homicidas, sintió caer algo sobre sus hombros y vió con sorpresa que los asesinos corrían como buscándole, desconcertados porque no le veían. La capa prodigiosa había hecho su papel. Antonio, desde la copa del árbol, la había dejado caer sobre su padre en aquel crítico momento, salvándole de una muerte cierta, porque había desaparecido instantáneamente a las miradas de los asesinos. El comerciante cerró la puerta del huerto y corrió a casa del juez, sin notar que con la carrera se le había caído la capa. Aquel funcionario, acompañado de la Guardia civil, marchó inmediatamente al sitio del suceso; los criminales, atados codo con codo, fueron llevados a la prisión, y el inocente puesto en libertad y colmado de agasajos.



FIN



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Araceli Méndez.—Anita, Pirula y Laura quedaron maravilladas con el precioso dibujo en que reproduces con tanto acierto la linda iglesia de tu pueblo. Estas condiciones de dibujante formidable que tanto te adornan merecen mi más entusiasta felicitación. Todos nos sentimos orgullosos de contar con Pinochistas tan bonitas, tan listas y tan inteligentes como tú. Envíame nuevas cosas para publicarlas en cuanto les llegue su turno. Morronguis te envía un cariñoso abrazo y además otros muy fuertes de Pirula, Colorín, Currinche, etc., etc.

Luis A. Mera.—Tu nuevo «Dodge» está andando. Quiero decirte con esto que está camino de salir en mi Revista, donde seguramente ganará el record de la elegancia. Colorín, que se ha ido en el auto, lleva en su maletín la linda historieta de la cocinera, que tiene muchísima sal. (Digo la historieta, que la cocinera hay que suponer la tendrá también). Tuyo siempre.

Manolita Laguía.—De tus tres lindísimos dibujos, uno tan sólo podrá publicarse. Hay dos razones poderosísimas para esto. La primera es que sólo has enviado un cupón para los tres, y la segunda que sólo has hecho un dibujo a pluma y los otros a lápiz. Cada trabajo ha de venir acompañado de su cupón correspondiente y además hay que hacerlos con tinta, porque si no no pueden reproducirse. Abrazos de Pirula y Laura.

Fernando Delgado Rioja.—¿Que si sirve tu precioso dibujo? ¡Ya lo creo, querido Fernandito! Es un dibujo magistral, y el auto, tan magistral como el dibujo. Eres un artista de primera línea. Te envío un apretadísimo abrazo.

Luis García Murillo.—Yo no puedo, queridísimo amigo, comprometerme a tanto como me pides. Y no es ciertamente por falta de deseos; pero tengo que complacer a todos mis amigos por igual, ¡y son tantos! Ten la seguridad de que si cada dibujo viene con su cupón correspondiente y los haces, desde luego, con tinta, se irán publicando a medida que les toque su turno. Esto tenlo por seguro, pero que en cada número salga uno, es cosa a la que yo no puedo comprometerme, porque las exigencias de la composición de la Revista son grandes y a ellas he de sacrificarlo todo. Te envío muchos abrazos.

José Félix Acha.—Te envío mi más calurosa felicitación a ti y a tus compañeros del equipo de remeros santanderinos por el felicísimo acierto que habéis tenido bautizando a vuestra trainera con el nombre del gran «Paco Morronguis».

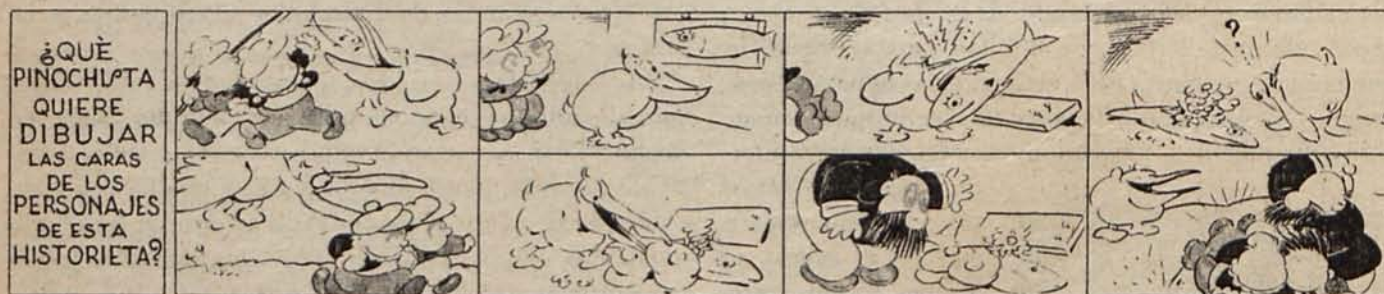
No os quepa duda alguna que bajo los auspicios del gran Paco lleváis ganadas todas las probabilidades de vencer en todas las regatas. Tenéis a Morronguis complacido por vuestra atención y proyecta un viaje a Santander para bautizar el mismo con toda la solemnidad que el caso merece a vuestra trainera. Ya te avisaré para que prepares natillas, flanes, etcetera, etcetera. Tuyo incondicional.

Antonio Díez Saude.—No lo creería si yo no lo viera con mis claros ojos de cristal. Es algo extraordinario lo que progresas en el arte de Goya, querido Antonio. Tu magnífica fragata evoca toda la belleza de los barcos de vela que surcaban los mares allá por los principios del siglo xvi. Tú no sabes qué alegría han experimentado Colorín y su pandilla cuando han visto tu barco. He tenido que guardarlo para evitar un secuestro, pues querían a toda costa llevárselo para hacer de las suyas por esos mares. Excuso decirte que en cuanto sea posible saldrá en las columnas de mi Revista. Abrazos apretadísimos de Don Turu, Currinche, Morronguis, Colorín, Cañamón, etcetera, etcetera.

Ambrosio Menéndez.—Habrás visto en otras contestaciones que van en este mismo número y en casi todos los números, que no pueden publicarse los dibujos hechos a lápiz porque no hay posibilidad de reproducirlos. Tienes que aplicarte esta contestación porque eres uno de los que han incurrido en aquel descuido. ¡Qué lástima que tan magnífico castillo feudal no pueda publicarse! Lo siento, querido Pinochista; pero no es mía la culpa. Tuyo incondicional.

Lolita Marsal.—Pirula, agradecidísima, te felicita por el precioso gabinetito que le has enviado en estampa. Es una lindeza que te acredita como Pinochista de gusto delicadísimo. Irá a mi Revista; ¡no faltaba más! Te abraza cariñosamente,

Pinocho



CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

Pueden tomar parte en este sorteo no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroen igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baúl «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número se publicará una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número, y los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros de la **Lotería de Navidad**, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS**.

Los demás detalles serán publicados oportunamente.

PINOCHO

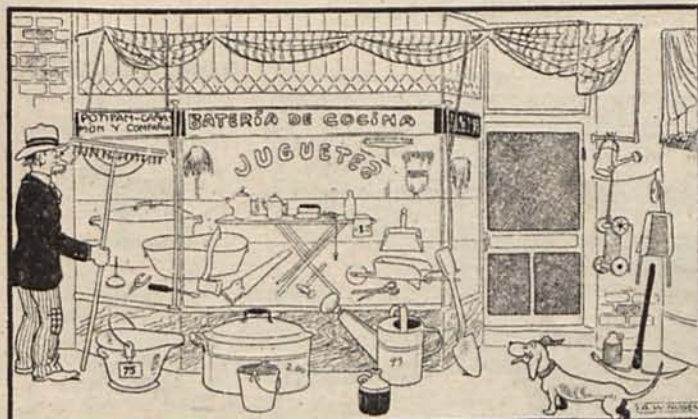
SORTEO DE REGALOS
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º 7

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE DICIEMBRE

NÚMEROS 94, 95, 96 Y 97.

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTOS DIBUJOS?

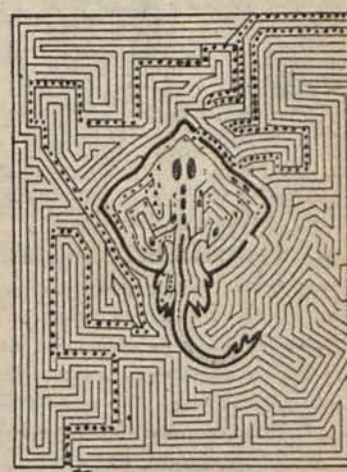
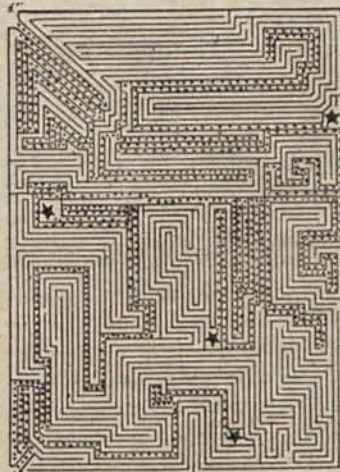
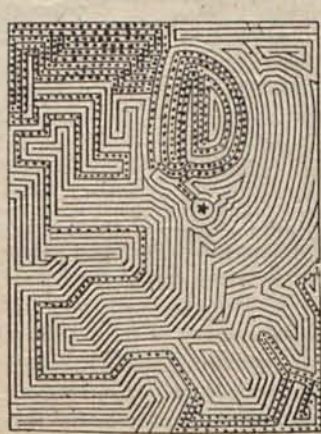


Los errores de este dibujo son once, a saber: 1.º El rastrillo tiene siete dientes a un lado y ocho a otro.—2.º Los alicates están cerrados sin unirse el mango.—3.º Al cubo del carbón le falta un soporte al asa.—4.º El serrucho no tiene hueco en el agarrador.—5.º A la bañera le falta un asa.—6.º La regadera no tiene agujeros.—7.º Las tijeras tienen unidos los ojos y, sin embargo, separadas las hojas.—8.º La pala no tiene hueco en el mango.—9.º A la puerta le falta una visagra.—10. La carretilla tiene una rueda maciza y las otras con radios.—11. A la otra carretilla le falta un soporte en la rueda.



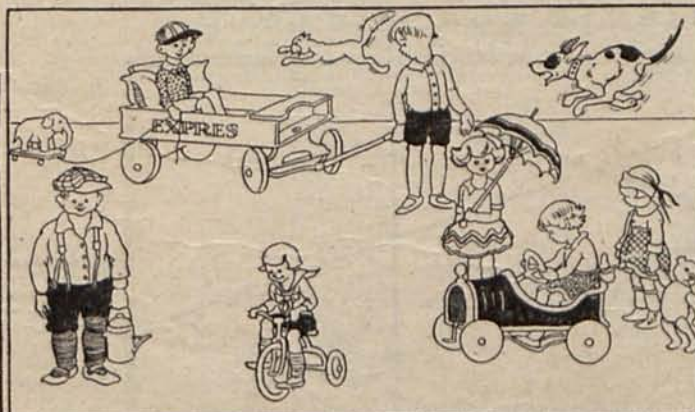
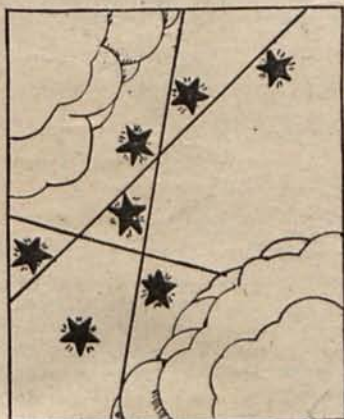
1.º Al bolsillo de señora le falta un trozo al agarrador.—2.º Al saco del viajero le falta una anilla en el agarrador.—3.º Dos vagones con el mismo número.—4.º El joven de la maleta tiene las medias diferentes.—5.º Taxi con la rueda de delante descentrada.—6.º Auto con ruedas diferentes.—7.º A una rueda le falta un radio.—7.º Al auto le falta ventana atrás.—9.º Al caballo le falta una rienda.—10. Y le falta también anteojera.—Y 11. Señora con el abrigo abrochado al revés.

LABERINTOS



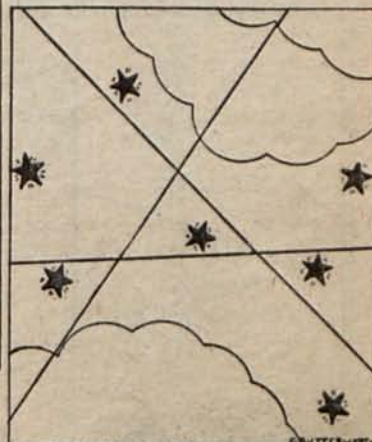
¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?

LA OSA MAYOR



Doce errores tiene este dibujo: 1.º Rueda del carro, descentrada.—2.º A la palabra EXPRESS le falta una ese.—3.º Al chico le falta un ramal en el tirante.—4.º El pitillo de la cafetera demasiado bajo.—5.º Los puños de la blusa diferentes.—6.º Los zapatos abrochados al revés.—7.º Las perneras de los pantalones una más alta que otra.—8.º El triciclo no tiene pedales.—9.º El niño que tira del carro no tiene oreja.—10. La blusa de este niño tiene sólo medio cuello.—11. El paraguas tiene la contera fuera de su sitio.—Y 12. Al osito le falta un ojo.

PROBLEMA ASTRONÓMICO



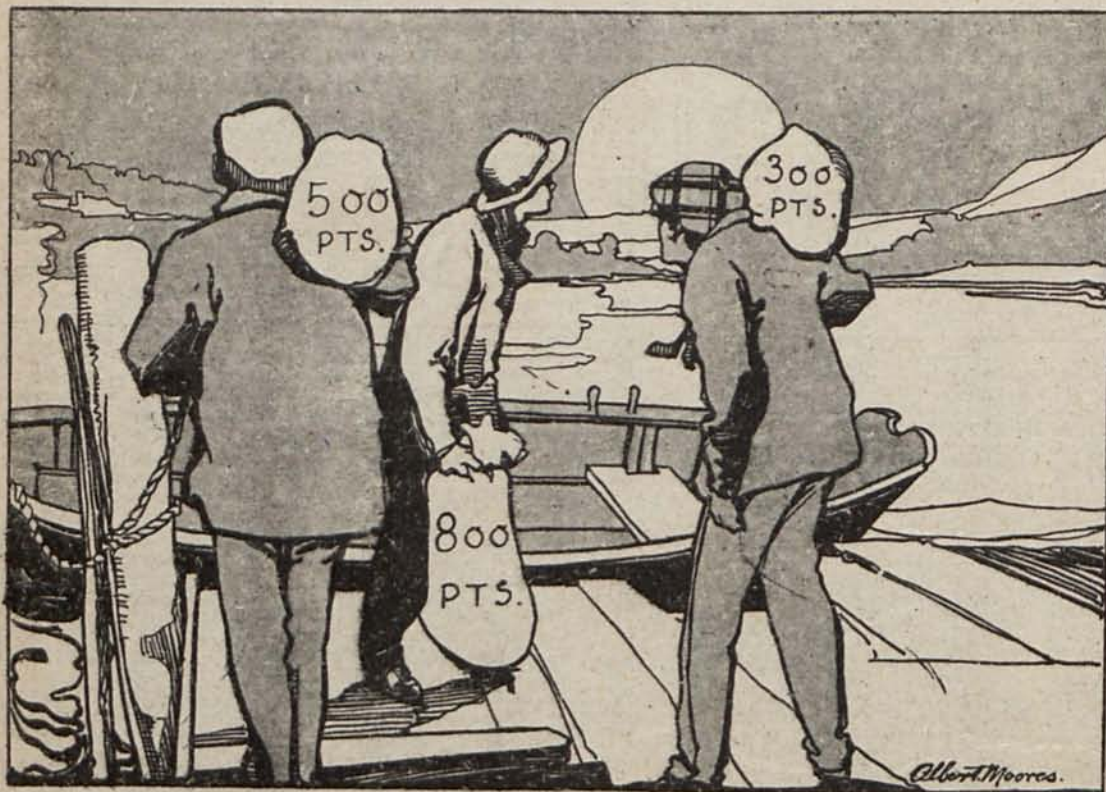
(Se continuará en el número próximo).

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

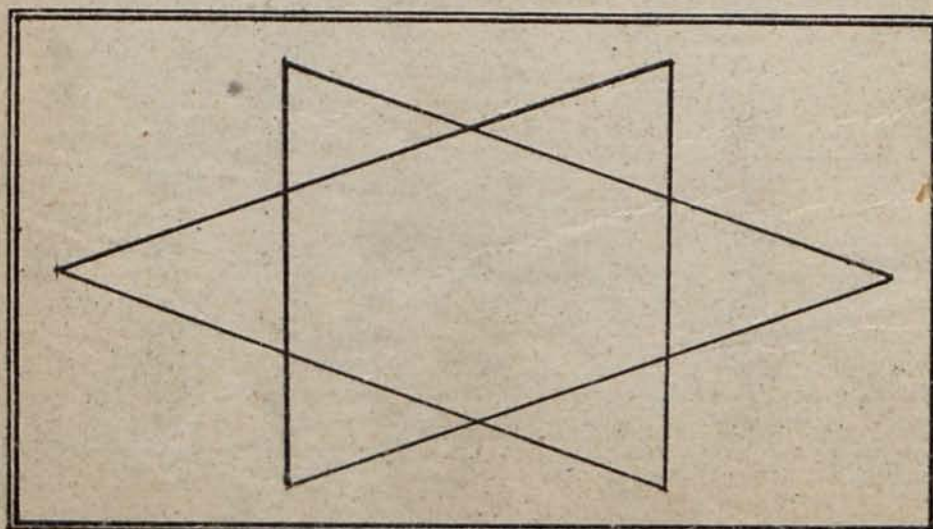
VADO DIFÍCIL

ROMPECABEZAS

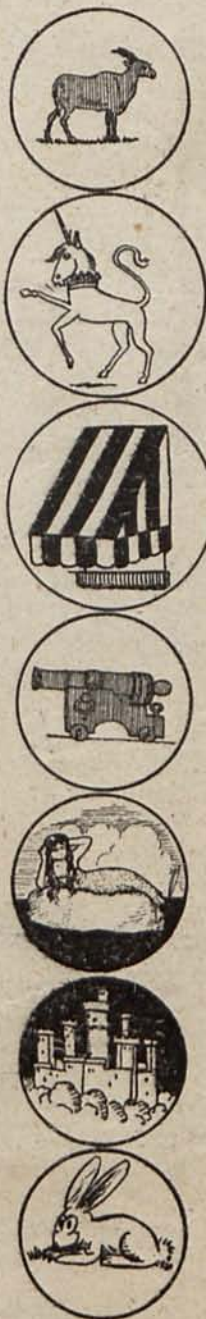


Una vez marchaban por un caminito tres sujetos, llamados Jorge, Samuel y Benito. Cada uno llevaba en un saco el dinero ahorrado, producto de su trabajo. A la mitad de su camino se encontraron con que éste estaba interrumpido por un ancho río. ¡Menos mal que había cerca de ellos una hermosa barca! Al ir a montar salió un hombre de entre unos matorrales y les dijo: —¡Eh, amigos! No pueden ir en la barca más que dos de ustedes sin sacos o uno y un saco—. Y he aquí planteado el problema. En ningún momento puede estar en la barca un hombre con más dinero del que es suyo. Jorge es el dueño del saco de 500 pesetas, Samuel del saco de 800 y Benito del saco de 300. ¿Cómo se las arreglaron para vadear el río? Sólo os diré para facilitaros algo la solución que el vado lo hicieron en 13 movimientos o transbordos.

DIBUJO COMPLICADO



Se trata de que copieis el adjunto dibujo de un solo trazo sin levantar el lápiz del papel y sin pasar dos veces por el mismo sitio.

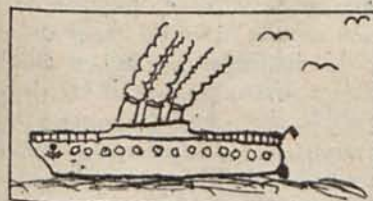


Como veis, en cada uno de estos siete círculos hay una figura que, como es natural, tiene un nombre. Tomad de estos nombres una letra de arriba abajo y formad con ellas el nombre de un conocido vuestro y buen amigo de todos.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden colaborar en esta sección; pero es condición absolutamente indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Paquebote.
MANOLITA RODELES.
Siete años.



Pinocho.
RAFAEL ESTÉBAN-
NEZ.



Mi muñeca.
CARMINA GAR-
CIA.
Once años.



Casita de campo.
VICENTE S. DE HEROS.



* Cashero*.
F. LETAMENDIA.



Un bosque.
ENRIQUE DE CUSA.
Seis años.



Currinche.
CONCHITA
DE GRANDES.
Trece años.



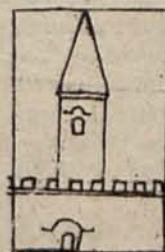
Don Turulato.
JOSÉ RAMIRO.
Nueve años.



En la fotografía.
PETRA LUISA NAVARRO.



Primera en Geografía.
LUISA LÓPEZ.



Un castillo.
CÉSAR F. LUONGO.



Chapete, derrotado.
FÉLIX BUSTAMANTE.
Diez años.



Un soldado.
CONSUELO RUBIO.
Once años.



Don Turulato y Currinche.
ELVIRA SEERANO.



Currinche.
FERNANDO
BERNÁLDEZ.



Pirula en su tocador.
PAULINO LILLO.
Seis años.



Samaritana.
ALICIA M. VAL-
DERRAMA.



Anita jugando con el pe-
rro de Xaudaró.
CIFRIANO MOLINA.

Encontrárame algo rendido en una de esas tardes de otoño, y pensé que ningún sitio sería más apropiado para descansar que el rincón del huerto de mi casa. Me tendí de espaldas, con la cara hacia el firmamento, bajo un frondoso sauce, y me quedé dormido.

Al ruido de unas voces me desperté, levantándome, y cuál sería mi sorpresa al ver por entre los arbustos del lugar a Pinocho discutiendo acaloradamente con Pirula.

Ambos discutían sobre el porcentaje de juguetes que iban a repartir en premios a sus lectores.

Pinocho, que es muy juicioso, decía que eran pocos los juguetes que repartirían y de muy mala calidad, y que era necesario aumentar la cantidad y mejorar la calidad.

Pirula, que es economista, contestóle que, tanto la calidad como la cantidad de los juguetes que había disponibles con ese objeto, eran excesivos, indicando la conveniencia de reducir su número, dejando un poco para otro sorteo, y que los juguetes mejores debían dejarse para otra ocasión.

Pinocho, por su parte, afirmaba que aún debían comprarse más juguetes. En esta parte de la discusión se produce un diálogo rápido que no alcancé a percibir claramente; sólo pude observar que Pinocho estaba muy molesto con la contestación de Pirula.

—A fin de terminar con esta discusión —dijo Pirula a Pinocho—, invito a usted, amigo mío, a visitar la pieza donde están los juguetes.

—¡Aceptado! —contestó Pinocho.

Ambos se dirigieron al sitio indicado. Para cerciorarme del resultado de esta polémica, les seguí a cierta distancia. Llegados a la pieza donde están los juguetes, y mientras los examinaban, me introduje furtivamente en ella; pero, ¡oh, encanto! La pieza estaba llena de hermosos juguetes, y, sin embargo, Pinocho continuaba afirmando que eran pocos. No pude soportar más y lancé una sonora carcajada.

—¿Quién está aquí? —dijo Pinocho con voz enérgica, creyendo posiblemente que fuera su terrible enemigo Chapete.

No podía verme, porque yo me había escondido debajo de uno de los autos que entran en el sorteo.

Como terminó el incidente, acordaron dar un paseo en auto, pasando sobre mi pobre humanidad. Sólo sentí que un peso enorme me oprimía el pecho, quitándome la respiración. En seguida sentí que me remecían. Era mi padre, que me decía que siendo domingo, debía levantarme luego para ir a comprar PINOCHO, que llegaba en la combinación de ese día.

Lectores, todo no pasó de ser más que un sueño. El enorme peso que sentía en mi pecho era la almohada...

M. ORLANDO SEPULVEDANO.
Once años. Chile.



Sección PIRULA

CHARLAS
DE PIRULA

Guerra a las moscas.—Si os halláis frente a un león o a un toro, huiréis despavoridos.

Si veis una araña, la mataréis con gesto repulsivo.

Pero si una mosca se posa sobre el pastel que tenéis en la mano, os limitaréis a ahuyentarla y comeréis luego la golosina como si tal cosa.

Y si os dicen que tal señor es «incapaz de matar una mosca», le tendréis por un ser inofensivo y bondadoso a más no poder.

Pues bien, yo os voy a decir algo que quizá os sorprenda: ese león, o ese toro que amenazan con devoraros o cornearos, es muy posible que no sean más peligrosos que... una mosca.

Esa araña que tanto asco os inspira es una pequeña bienhechora de la Humanidad puesto que... come moscas.

Esa mosca que ahuyentáis de vuestros alimentos con indiferencia, quizá acaba de depositar en ellos un germen de enfermedad.

Y este señor que, por equivocada sensiblería es incapaz de matar una mosca, demostraría ser mucho mejor y más útil si, por el contrario, se consagrara a... matar moscas.

Ya sabéis, mis queridas Pirulindas, que yo os quiero valientes y serenas; me duele que os pongáis en ridículo asustándoos de un perro que ladra, subiéndoo a una silla cuando veis un ratón, dando gritos ante un pobre sapo o negándoos a ir a casa del dentista. Y, sin embargo, yo os aconsejo que ante las moscas sintáis verdadero horror; pensad que ese insecto ligero, alado, que no muerde, que no pica, que no mancha, que no mete ruido es, en realidad, *el más peligroso de todos los animales*.

Sí, lectoritas mías, no hay fiera capaz de hacer tantas víctimas como en muchos casos puede hacer una mosca. Os voy a explicar por qué.

Las moscas son los insectos que se reproducen con más facilidad; una mosca pone de un golpe *ciento veinte* huevos. Y así resulta que durante un solo verano la descendencia de una sola mosca, suponiendo que cada una ponga una sola vez, llega a ser de «cinco trillones quinientos noventa y ocho millares setecientos veinte millones» de retoños. Y cada ejemplar de esta fantástica población de mosca es el más activo propagador de todas las enfermedades; puede decirse que las moscas se dedican exclusivamente a coger entre sus patitas y sus mandíbulas gérmenes de enfermedad y parcelas de basura y a trasladarlos de un lado para otro, a de-

positarlos sobre nuestros cuerpos y nuestras ropas, en nuestros alimentos y en las tetinas de los biberones de los nenes.

Sentid el horror de las moscas; pensad siempre que en ellas reside el más grave —sin duda el único— de los peligros que os rodean... y matadlas sin piedad.

No os indignéis conmigo, os lo suplico, porque os dé semejante consejo; tenéis mucha razón al creer que se debe respetar la vida de cualquier animal, y más cuanto más pequeño e indefenso sea; respetad la vida de la hormiguita diminuta y trabajadora; respetad la vida del sapo feo, repugnante, pero inofensivo para nosotros y bienhechor para la agricultura, puesto que suprime los insectos nocivos para los campos, y, si sois muy buenas, respetad la pulga, a pesar de que tanto os moleste, pues todo su crimen se reduce a molestar.

Pero no respetéis las moscas; recordad siempre el mal que hacen, y que matar a una sola mosca es como matar de un golpe a cinco trillones y pico de otras

moscas más, y así a otros tantos trillones de posibilidades de propagación de enfermedades. Quizá con el solo gesto de matar una mosca salváis la vida de muchas personas.

Matadlas, claro está, sin hacerlas sufrir. La mosca no tiene la culpa de hacer tanto mal; ella no piensa, ella no sabe que propaga enfermedades; por lo tanto, no merece que se la castigue.

Para que vosotros, mis queridos amiguitos, contribuyáis a la labor de destruir las moscas, que seguramente llevarán a cabo en la casa vuestra mamá y los criados, comprad uno de esos aparatos mata-moscas que se componen de un

enrejado de alambre con un mango.

Organizad con vuestros amiguitos grandes «cacerías de moscas», concursos sensacionales: ¡a ver quién mata más moscas en menos tiempo! Esto no os lo digo para que os divirtáis, sino porque con ello llevaréis a cabo una buena obra en beneficio de la Humanidad.

Alambreras decoradas.—De la lucha contra las moscas que vais a emprender, formará parte el cuidado de tener siempre, en verano, todos los alimentos cubiertos con alambreras especiales.

Estas alambreras suelen ser bastante feas; nosotros haremos alambreras lindísimas que sirvan de adorno.

Para ello se utilizan armaduras de pantalla que se forran con tejidos finos, transparentes, agujereados, como el tul, la tarlatana o la vuela de algodón, a fin de que deje pasar el aire e intercepte el paso de las moscas.

Estas alambreras de tela estampada o decoradas con flores bordadas o aplicadas, servirán para proteger las frutas, los pasteles y demás viandas contra el contacto del «más sucio y peligroso de todos los animales».

